

EL PUGIL

Por JOSE SALAZAR RUIZ

CUANDO acabo de vestirme llegan los aullidos que señalan el fin del primer combate. Antes se habían oído los gritos de los graciosos, pero estos nadie los escucha. Las vendas, las botas... y transcurren unos minutos entre viejos consejos y próximas preocupaciones. Llegaron vencedor y vencido, con caras de vencidos, y, en silencio, se ducharon en una deficiente e improvisada ducha. Estos locales no reúnen el máximo de comodidades: no son el Madison ni mucho menos.

Vi sus caras y oí el murmullo. Llegó sordo, pero uno lleva muchos años en el oficio y lo distingue. Estaban contentos, y, total, dos caras mejores o peores, tanto da...

—Has estado muy valiente, Manolín. Y tú también. ¡Otro día será!

No se reciben visitas en estas reuniones de poca gala. Los incómodos vestuarios apenas albergan a los imprescindibles, los ocho que estamos en letras rojas en el insípido y rutinario cartel y los segundos. A tantos asaltos de tres minutos. Lo de siempre.

Los espectadores no se cansan. Son los mismos. En este circo o en el frontón. En invierno, local frío y maloliente; en verano, campo calcinado y hediondo. No hay elección. ¿Qué esperan? Sé que no están contentos, que no son felices, que sufren, que nos necesitan. Pasa el tiempo y, ¿cómo decirlo?, se llega a querer a estos desgraciados.

El «promotor» nos recuenta con miedo, teme que entre nosotros haya alguno lo suficientemente inteligente. Entra y sale, nervioso y calculador. Nadie le pide alegría. Tampoco es un buen negocio. Ya he dicho que es necesario, si no... —Abrir una ventana.

El olor es fuerte. Nosotros ya estamos acostumbrados, él no lo estará nunca. Tan pronto llega una pareja, empuja a la siguiente. Es la diferencia entre el sensacional combate y el, ¿vulgar?, combate. Nosotros no prolongamos la espe-

ra, nos sucedemos ininterrumpidamente. No hay la gozosa, la inquietante espera. ¡Cómo brillan los cigarrillos en la oscuridad entonces! Y qué silencio cuando aparece el astro en su bañ de raso. De raso y con su nombre. En letras grandes, como si tuviera miedo de que no le conocieran.

Su mano me cae en el hombro.

—¿Están preparados los siguientes? A ver cómo te portas, Rogelio.

Otra frase que se pierde. Y vamos los tres por el oscuro pasillo. Tengo la boca seca y caminamos sin ganas.

Mi padre, cuando la guerra... Pero, ¿hubiera sido distinto? Me han contado historias que ya casi no recuerdo y que, si las recordara, de poco me valdrían. Mi infancia fue libre, iba al gimnasio y, después, llegaron los primeros combates. Peleaba sin ciencia y con gran encarnizamiento, después con menos encarnizamiento, con muchísimo menos. Así, un paso monótono, hasta llegar a esto.

Me deslumbra la cegadora luz del ring, pero no siento la fascinación de los primeros años, aún ando más lentamente y dejo que la gente me contemple con detenimiento. Me llegan sus cuchicheos. ¡El ring!

Subo. Timidamente, inicio el extraño paso de minué con que se saluda. Ocupamos nuestro rincón en silencio. Aún no ha llegado él.

Me voy. ¿Qué puedo hacer ya? Tengo que ir al trabajo. Y no me gusta. Seré un peón. Los que no tenemos habilidad para otra cosa deberíamos tener un seguro de vida: oficio, carrera, dinero... Lo que fuera. Un seguro.

—¿Peón? Es molesto. La verdad es que ni siquiera el nombre suena bien...

Llegó él, y sus preparadores parecían sujetarle. Saltó las cuerdas y lanzó los dos brazos en alto. Muchos aplausos.

Nos pusimos los guantes bajo la vista del árbitro y nos anunciaron con los pesos hasta el gramo. Pude ver lo fuerte que era, sólido por todos sus puntos. Silenciosamente, asentimos a todo; yo, mirando a la lejanía y él, contemplando sus pies enormes, que aún parecían mayores dentro de sus botitas de gladiador.

Se oyen gritos, sus amigos me amenazan. Es un pueblerino que cuenta con muchas simpatías. ¿A qué engañarnos? Un gran juego de piernas, una buena esgrima, una cintura ágil, merecen el aplauso del respetable, pero todo palidece ante una gran pegada, y este hosco y sano muchacho la posee. Debajo de su nombre se pone: gran pegador. Tiene un historial definitivo y breve: ocho victorias, y siete por K.O. Y debajo del mío: vencedor de Hita. Aquella noche en que él se marchaba y yo venía.

Me retiré algo ensombrecido.

—¡Cuidado con la izquierda!

Sus segundos le envenenan con sus consejos; él atiende sin entusiasmo.

—¡Cuidado con la izquierda! —vuelve a decirme Orosa.

primer asalto

La campana me escalofrió. Giro sin atreverme a soltar los brazos; me decido por el derecho. Le llego fácilmente a la cabeza, consigo bloquear su izquierda, esquivo de cintura y, rápidamente, le doy con las dos manos. Me llegan voces de aliento y alegría.

Su falta de oficio es absoluta. Comienza un ataque con gran timidez. Le saco de su indecisión con un jab fuerte y un gancho bien colocado y no tan fuerte. Ataca con furia. Retrocedo. No quiero distinguirme. Le jalean. Su carencia de guardia me tienta; meto un puño y luego el otro. Y para frenarle me voy al cuerpo a cuerpo, sujetándole marrulleramente. Me llega el olor de su embrocación, su rabia y su desconocimiento. El árbitro viene en su ayuda.

De salida, le engancho con un directo. Giro. El me persigue por todo el cuadro. Un derechazo me hace tambalear. Vuelvo a golpearle. Esquivo. Le llego fácilmente con la derecha, demasiado fácilmente, me parece. ¿No será...?

Bien, vuelvo a boxear a la contra, o, mejor dicho, a huir con dignidad. Antes y después de la campana, me anoto un crochet. Creo que este asalto lo he ganado por muchos puntos.

descanso

Me dan agua, pero sigo teniendo la boca seca. Me hablan, y sigo sin escuchar. ¿A dónde ir?



—No te acerques. Cuidado.

Bien, bien, no me acercaré y tendré cuidado... No tengo muchos amigos, al menos, de esos amigos que podrían hacer algo por mí. ¿A dónde ir?

—Vigilalo.

Si. ¿Qué le dirán a él? Si pudiera derribarlo y que no se levantara... Quiero acabar pronto, como sea, pero acabar pronto. Tengo ganas de beber vasos y vasos de agua. Acabo el descanso soñando. Le veo caído en el suelo y yo a su lado, levantando el brazo.

segundo asalto

Aprovechando su lentitud, le abro la ceja izquierda. Insisto. El no le da importancia. Lleva una respiración pausada. Le ataco arriba y abajo, hace una bella salida de cuerdas y me repele con fuerza.

Causa sorpresa su habilidad.

Ataca con fuerza y, un terrible golpe, me derriba. (Después dirán: fue un preciso uppercut.) Me levanto pronto y dolorido. Busco cuartel en el cuerpo a cuerpo, ataco con la cabeza. Los amigos chillan.

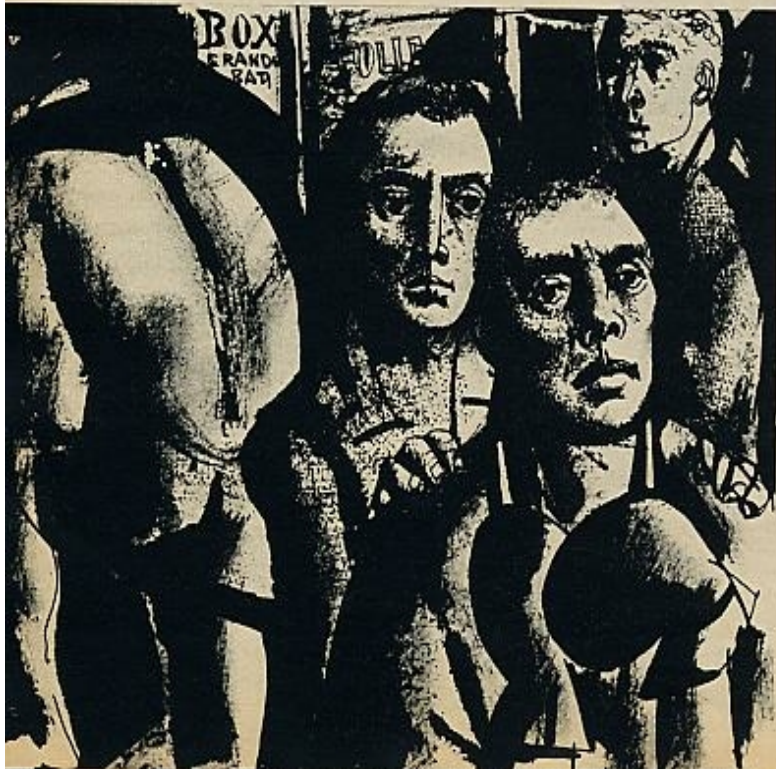
Falla, uno tras otro, uno, dos, tres ganchos. ¡Huuyy! (El público.) Caigo en un pecado de orgullo y sentimentalismo: quiero recordar mis buenos tiempos y le ataco como un poseso. Rugen de alegría.

En el cambio de golpes me llega mi castigo: la izquierda en el hígado y yo sobre el tapiz y ojos de sorpresa. Me cuentan y suena la campana. Este asalto lo pierdo. ¿Cómo llevaré el combate? ¿Nulo? ¡Bah! Después de todo...

¡descanso!

Siento las piernas flojas. Me dedico a respirar, pero es un aire caliente y apesotado.

—¡No! —Orosa. Y Rafa puso ojos de, ¿qué haces?



GRAN PREMIO "TRIUNFO" DE NA



Nadie volvió a hablar. Sabíamos todo cuanto teníamos que saber. Me dan agua y no me resigno a escupirla. Me quedo con una poca. Muy poca, para lo que yo necesito.

El me mira torcidamente. ¡Si yo le hubiese cogido en mis buenos tiempos!... De acuerdo, pega fuerte, pero si uno no se deja coger... Yo también he pegado y, además, boxesaba. Recuerdo el combate que hice contra...

tercer asalto

Llega rápidamente. Le freno con un directo. Procuero escabullirme. Dispara la izquierda con fuerza. Estaba en Ocaña y veía algo como el mar, y a la Juli. ¡Me levanto de un salto! Me cuentan siete.

Tengo que agarrarme. Aprovecho y le coloco un cabezazo tan fuerte como puedo. Aunque descarado, la gente no protesta. Se ha producido ya el extraño cambio y todos han pasado a ser amigos míos. Tal vez esto me anima a colocarle otro, pero él no parece dispuesto y me para con un jab de izquierda. Vuelvo a sangrar.

Le acierto con un insípido gancho. Espero la campana y no suena. Temo no haberla oído. Miro al rincón por si está Orosa.

Intento defenderme. No puedo dar más facilidades. Me pega y vuelve a pegarme sin preocuparse de otra cosa. Levanta un brazo y luego otro, con gran detenimiento, con gran trabajo. Desespera al respetable. Pega muy fuerte y eso es todo. Hago un esfuerzo. Lanzo los dos puños con gran éxito. Continúo. Oigo los ¡ohhh!, ¡ohhh!, de alegría.

Vuelve a sacudirme con fuerza y tengo que escurrirme por las cuerdas. La persecución le irrita y a mí me cansa. Los puños se le pierden en el humo. Me acorrala en el rincón. Suena la campana. ¡Al fin! me abandona. Le doy un golpe

en la nuca y disimulo con un gesto amistoso y cansado.

—El combate lo llevo... ¡Ufff!

¿descanso?

Voy hacia Orosa, que me hace señas. Mi cara no le gusta, lo sé. Sólo distingo el blanco. Me da con el pincel y me pasa la esponja con mimo, como si fuera su niño chiquito. No hablamos.

¡Si yo la hubiera dicho algo! Me pareció, entonces —y siempre—, demasiado para mí. Yo nunca he sido nada, ni siquiera boxeador. Ni aun de joven fui bueno, no hay que engañarse: en todas las profesiones hay mediocridades y, en esta, yo lo he sido, y ya no hay remedio. El día que fuimos a la verbena pude decirlo algo... Por intentarlo... Sin embargo, como venía también su prima, no me sentía capaz más que de golpear en todos los aparatos de probar la fuerza. Ellas parecían divertirse.

¡Ah! Orosa me sacude violentamente. Me hacen oler el frasco y me echan agua en la nuca. Vuelvo a verle frente a mí. ¡La campana!

cuarto asalto

No tengo ganas de levantar los brazos. Prefiero dejarlos caer cómodamente. Me mira con aire estúpido. Un acceso de furia me sacude. Consigo una buena serie, y de los labios le brota un insignificante reguerrillo de sangre. Vuelvo a golpearle. Me aplauden todos. Él, ni se inmuta. Es lo más triste, cuando colocas un fuerte golpe y ves el poco efecto que consigues: prefiero recibir miles de golpes antes de soportar esta impotencia.

Cai de espaldas y se hizo de día. Todos dieron al flash en el momento preciso. Bueno, es su oficio. Fue una bella caída, espectacular y concluyente caída por la cuenta de nueve. De las que salen en los periódicos. Retrocedo. Abiertamente, sin recato. Me dirige un golpe muy fuerte y concreto a la cabeza. Un estallido.

Tengo que doblar la rodilla y, en esta humilde y noble postura, trato de recuperar el aliento perdido. Me incorporo sin conseguirlo. Vuelven a cambiar: todos le lanzan contra mí. No tengo más remedio. Me agarro desesperadamente.

descanso, descanso...

Sólo me quedan dos estrechas rendijas por las que casi no veo. Me sientan. Empiezo a no sentir nada. Un espectador ansioso llega hasta mí. Me examina y se va, haciendo grandes aspavientos.

Rafa está con el frasco. Orosa me atiende la cara. Parecen preocupados.

—¡No sigas! ¡Túmbate! ¡Te está machacando!

Empezó a darme masaje en el cuello. ¡Los brazos, los brazos!, le pedi. Orosa está más triste que de costumbre, aunque, ¡lo es tanto! Aquí no hay sitio para los sensitivos, pero somos viejos y pobres camaradas, y la tollina era bárbara. Dieron la señal.

quinto asalto

Paso al ataque. No sé cómo. Quizá el descanso haya sido más largo de lo que yo creo. Insisto con preferencia sobre su ojo izquierdo. Parece perplejo y no se mueve. Veo su cara y preparo el gran golpe. No tengo la rapidez suficiente. ¡Maldita sea! Retrocedo. Los espectadores me alientan con todas sus pobres fuerzas.

—¡Cúbrete con la derecha! —le dice, cansinamente, su preparador.

El creyó más conveniente emplear las dos manos para aporreararme con gran fuerza. ¡Qué pena! Es joven y no quiere hacer caso de consejos.

Quiero retroceder, pero los golpes llegan antes. En el clinch me trabo y hago todo cuanto puedo para que el árbitro no me separe. Los de arriba súllan. A él no parece preocuparle. Me separa y volvemos a ocupar nuestros respectivos pape-

les. Un directo fuerte, fortísimo. Vuelvo a ver a la Juli. Me agarro a las cuerdas. Empieza la cuenta. Lo veo muy lejos, me suelto y no lo estaba. Otra lluvia de golpes. La niebla.

Orosa y Rafael llegaron corriendo.

—¡No seas suicida! ¿Qué te pronosé? ¡Basta!

Con la Juli era distinto. Su hermano y yo éramos iguales. Se murió y ella pareció sentirlo, aunque estas mujeres llegan a no sentir nada. Se visten de negro y ya todo les da igual. Entonces era joven y no vestía de negro. Era resignada, nos comprendía y era fácil hablar con ella. Olla algo a bravío, y no es que este olor me disgustase.

Rafa me daba agua y bebí sin disimulo.

—¡Hadle caso! —me dijo.

Me secaron. Parecía que el protector no me cabía en la boca. Lo notaba grande, enorme, y me impedía cerrarla. Apreté con fuerza los dientes, pero era imposible.

—Roge —ella siempre me llamaba así—. ¿Vas a ir al baile?

—No sé. ¿Por qué?

Me quitan el banquillo, pero no quieren dejarme salir. Me suelto y me voy hacia el centro. Poco hay que perder.

El cerró los ojos con lentitud y parecía en tensión. Sus segundos le habían metido extrañas ideas en la cabeza y estaba preocupado. Le coloqué un izquierdazo. No pude seguir. Se le encendieron dos lucecitas en los ojos, y ya empleó ininterrumpidamente la izquierda. A veces también la derecha. A mí, ya me daba lo mismo. Me arrinconó en las cuerdas. Siento un calor que supera, incluso, mi pesadez. Tiro el protector y procuro respirar. Las cuerdas me sostienen. Esto es lo peor. Golpes y más golpes.

Hay un gran silencio.

Se acordó de algo, suspendió la serie y tomó impulso. Con la izquierda, ¡qué golpe! Se fue, y yo allí, sin hacer nada. Me llevan entre todos al rincón. Tuve tiempo de verla. Nunca me había parecido tan grande, incluso blanca: era la paloma de la paz. Seguía sentado y mirando, sin importarme nada, la toalla...